LIBRO DE HECHOS

Lección 39, Capítulo 17

La semana pasada, en Hechos 16, vimos que Pablo y Sila fueron arrestados en la ciudad de Filipos y encarcelados bajo la acusación de incitar un motín. Fue necesaria una intervención milagrosa de Dios (un terremoto) para liberarlos antes de que los discípulos sufrieran algún daño permanente. En el capítulo 17 veremos algo parecido, aunque sin cárcel. Debemos preguntarnos qué provoca tanta indignación en ciudades cuya población es mayormente gentil. Abordaremos esto en el momento apropiado de la lección de hoy.

Al comenzar Hechos 17, Pablo, Sila y Timoteo estaban nuevamente de camino; es probable que Lucas siguiera con ellos, aunque no se le menciona. En general, puesto que Lucas es el autor de Hechos, no señala su presencia personal salvo de manera indirecta. Estaban en Macedonia, en la costa occidental del mar Egeo, una zona que hoy consideramos parte de Europa. Leamos acerca de su siguiente destino. Abran sus Biblias en Hechos 17.

LEAN TODO EL CAPÍTULO 17 DE HECHOS

Pablo tenía un destino específico en mente cuando salió de Filipos: Tesalónica. Por eso se nos dice que el grupo de discípulos pasó por Anfípolis y Apolonia para llegar allí. Sin duda tomaron la conocida Vía Egnatia para recorrer las 90 millas. Tesalónica era quizá la principal metrópolis de Macedonia, de modo que había una población judía suficiente para tener una sinagoga. Vemos que casi toda ciudad importante del Imperio romano tenía una población judía representativa; y cuando esta era lo bastante grande, se construía una sinagoga.

La costumbre de Pablo era ir de inmediato a la sinagoga local dondequiera que hubiera una. Esto cumplía dos propósitos. Primero, Pablo era un judío observante, así que asistir a la sinagoga al menos una vez por semana, y normalmente más, era un requisito, no una opción. Segundo, allí encontraba hermanos que podían ofrecerle hospitalidad. Sabemos que estuvo en Tesalónica por lo menos cuatro semanas, pues asistió a la sinagoga durante tres **Shabatot** (tres sábados). Se nos dice que Pablo «razonaba» con los miembros de la sinagoga a partir de las **Escrituras**. La **CJB** sustituyó «razonaba» por la palabra **drashot**; aunque no es una traducción directa, sí es correcta desde la perspectiva cultural judía.

Drash es uno de varios métodos de estudio de las **Escrituras** usados por maestros y rabinos judíos. La palabra significa «buscar». Lo más cercano en español sería enseñanza bíblica exegética (lo que hacemos en la clase de **Torá** de Seed of Abraham): se lee un pasaje de las **Escrituras** y después se ofrece una interpretación o explicación. A veces se usaba la alegoría, pero por lo general un **drash** intenta extraer un significado directo, incluida su aplicación. Podríamos llamarlo estudio bíblico. Sin embargo, cuando se hacía en una sinagoga, siempre iba acompañado de oraciones rituales y adoración como parte del servicio acostumbrado.

Como Pablo estaba en una sinagoga, naturalmente cualquier argumento que presentara para defender su punto de vista giraría en torno a citas del **Tanaj** (el Antiguo Testamento). Puede parecer redundante que se los diga, pero lo menciono porque cuando Pablo hablaba con paganos, por lo general no recurría a las **Escrituras**. Los judíos, por supuesto, las conocían y por eso estaban dispuestos a aceptar pasajes bíblicos como evidencia de las afirmaciones de Pablo. Los paganos no sabían nada del **Tanaj**, así que intentar persuadirlos citando la Biblia habría sido inútil, pues los gentiles paganos no estaban familiarizados con las **Escrituras**. Por tanto, al estar en una sinagoga, Pablo hablaba a judíos y temerosos de Dios; su objetivo era convencer a la congregación de que **Yeshúa** era el Mesías. Eso implicaba explicar cómo podía serlo si había sido ejecutado; pero, aún más, Pablo debía convencerlos de que **Yeshúa** había resucitado. Como las sinagogas solían estar dirigidas por fariseos o, al menos, adoptaban doctrinas fariseas, la resurrección no era un concepto ajeno para ellos. Sin embargo, al igual que los judíos de Judea, pocos podían aceptar la idea de un Mesías que sufriera y fuera ejecutado. La enseñanza y creencia habitual en las sinagogas era que el Mesías sería un líder militar carismático que encabezaría a los judíos en una rebelión contra Roma, con el resultado de que Israel volvería a ser un reino judío independiente y, en esencia, reemplazaría al Imperio romano. Así que, en el mejor de los casos, era difícil convencerlos.

El versículo 4 nos dice que Pablo obtuvo los resultados típicos de sus enseñanzas en las sinagogas: algunos miembros de la congregación creyeron, pero la mayoría no. Entre los que se hicieron creyentes había tanto judíos como temerosos de Dios. Como era habitual, los judíos que no aceptaron la doctrina de Pablo se enfadaron y actuaron contra él. En este caso, reclutaron a unos alborotadores desempleados y encendieron los ánimos de la gente de la ciudad contra los discípulos.

Al parecer, en Tesalónica los discípulos disfrutaban de la hospitalidad de un hombre llamado Jasón, probablemente un judío creyente. Jasón era una forma griega del nombre hebreo habitual Josué, adoptada por judíos de la diáspora. Si no era un judío creyente, cuesta imaginar por qué se habría arriesgado tanto al alojar a Pablo y a los otros tres discípulos; sin embargo, no se nos dice con certeza. Estos sujetos despreciables, utilizados para fomentar el motín, rondaban el **ágora**. El **ágora** era un espacio público abierto (algo así como un parque), típico de las ciudades griegas, donde la gente se reunía y quienes tenían algo que decir pronunciaban discursos; allí también se celebraban a menudo eventos deportivos.

Parece que Pablo y los demás se enteraron del problema y salieron de la casa de Jasón antes de que llegara la multitud. Los alborotadores confrontaron a Jasón, registraron su casa y, al no encontrar a los discípulos, lo llevaron ante los **politarcas** de la ciudad. Los **politarcas** eran un tipo particular de magistrados de alto rango. La multitud acusó a Jasón de alojar a esos agitadores judíos. Naturalmente, las multitudes enfurecidas tienden a exagerar sus acusaciones; en este caso dijeron que aquellos judíos habían trastornado al mundo entero y que ahora habían llegado a Tesalónica para hacer lo mismo. Este es un buen momento para explicar la cuestión que estaba detrás de la indignación de toda la ciudad, pues sería el mismo problema que seguiría a Pablo dondequiera que fuera.

El Imperio romano tenía una política de tolerancia religiosa. En general, cualquiera podía adorar a sus dioses locales sin interferencia. Por eso los judíos también tenían libertad para adorar a su Dios, construir sinagogas, etc. Pero nadie tenía permitido provocar disturbios ni desafiar la autoridad de la ley romana o de los magistrados locales.

Tampoco se podía desafiar la supremacía del emperador romano. Dicho de otra manera: había mucha tolerancia religiosa, pero ninguna tolerancia política. Los judíos representaban un dilema particularmente problemático para los romanos. Eran distintos de cualquier otro grupo étnico porque tendían a mantenerse fieles a su religión y a su identidad étnica, ya que consideraban inseparables esos dos aspectos de la vida judía. Aunque agradecían la tolerancia que recibían, los judíos tampoco eran tolerantes con las religiones paganas que seguía la mayoría de los ciudadanos del Imperio. Los judíos más piadosos de la diáspora mostraban abiertamente desprecio por los dioses de las muchas religiones paganas entre las que vivían. También solían negarse a participar en las

fiestas nacionales, que invariablemente incluían dioses y diosas romanos o griegos; fiestas destinadas a unir la mezcla de pueblos y naciones que formaban el Imperio romano. Además, los judíos tendían a crear guetos y barrios donde practicaban su estilo de vida particular, evitando las tradiciones y observancias locales y nacionales.

Debido al exilio babilónico, unos 600 años antes, los judíos se habían dispersado —en su mayoría por decisión propia— por lugares muy distantes; pero la mayoría no se asimiló al mundo gentil, aunque algunos sí lo hicieron en distintos grados. Por eso seguían siendo bastante identificables; esa era su intención: sobresalían como un pulgar dolorido. Mientras los romanos intentaban imponer una cultura helenística universal en todo el Imperio, los judíos encabezaban la resistencia. Tenían normas morales muy diferentes; educaban a sus hijos de otra manera y vivían de forma distinta. Esto los hacía visiblemente separados de los demás grupos étnicos. No es muy distinto de lo que ocurre hoy en Europa o Estados Unidos con las crecientes poblaciones inmigrantes musulmanas, que visten ropas particulares, se reúnen en mezquitas, comen solo alimentos halal, suelen preferir hablar árabe, farsi u otro dialecto desconocido de Oriente Medio, y tienden a ocupar ciertas zonas de las ciudades para agruparse, generalmente sin asimilarse. El principio nacional de libertad religiosa les permite adorar a su dios particular, pero eso no significa que nos sintamos del todo cómodos con ello.

Los musulmanes tampoco suelen celebrar nuestras fiestas nacionales y, junto con los demás factores, esto despierta sospechas entre los europeos y estadounidenses más tradicionales, en parte porque sus costumbres nos resultan tan ajenas que no sabemos si lo que hacen es inofensivo o potencialmente dañino para la nación. Nos molesta que no parezcan querer ser estadounidenses o europeos; más bien, quieren importar su cultura o incluso intentar cambiarnos para que adoptemos sus costumbres. Mientras se mantengan aparte y no provoquen problemas, los toleramos. Pero cuando ocurre algo inquietante relacionado con musulmanes, aumentan nuestras sospechas y disminuye nuestra aceptación del grupo. Esta es una analogía de cómo se veía a los judíos en el Imperio romano.

En cuanto a Pablo y su alegre banda de discípulos evangelistas, representaban un problema particular. No solo incomodaban a la población gentil local de manera parecida a los demás judíos que vivían allí, sino que también parecían agitar a la población judía local. Los

gentiles no entendían por qué algunos judíos de la zona aceptaban a Pablo y otros lo rechazaban; desconocían por completo los detalles y matices del judaísmo. Solo sabían que aquel grupo de judíos itinerantes provocaba disturbios dondequiera que iba. Y cuando alteraban a los judíos locales, estos alteraban a los gentiles locales.

Cuando judíos y gentiles comenzaron juntos a formar una multitud para actuar contra Pablo y los creyentes locales, inquietaron a las autoridades romanas, siempre atentas a posibles rebeliones. Cuando las autoridades romanas se inquietaban, los políticos locales temían perder sus puestos. Cuando los políticos temían por sus puestos, buscaban a quién culpar. Y así culparon a quienes parecían ser la fuente del problema: los judíos.

En resumen: para los gentiles y las autoridades romanas, no se trataba de religión, sino de disturbios políticos y civiles. Cuando leemos en el versículo 7 que los gentiles pensaban que Pablo proclamaba a **Yeshúa** como rey, desafiando al emperador de Roma, no podían distinguir entre el sentido religioso de sus palabras y su interpretación paranoica de que se refería a la política. Esta era probablemente la acusación más grave, porque al ciudadano promedio le parecía sedición. Por eso, cuando los **politarcas** oyeron las acusaciones, se unieron a la inquietud de la multitud: si no hacían algo, podían ser acusados de complicidad. Era esencialmente la misma acusación presentada contra Pablo y sus compañeros en Filipos, que había terminado en cárcel. Por supuesto, todos sabían que era falsa: el supuesto rey rival, **Yeshúa**, había sido ejecutado unos quince años antes. El problema era la mera idea de que algunos judíos quisieran un rey capaz de desafiar al emperador; eran palabras e ideas que no podían pronunciarse, por remota o inofensiva que fuera la realidad. En esencia, era la máxima incorrección política. Pero que esos judíos itinerantes fueran quienes las dijeran los convertía poco menos que en alborotadores ambulantes.

Al menos, las **autoridades** de Tesalónica no reaccionaron como lo hicieron los jueces de Filipos; o, mejor dicho, no exageraron su reacción. Más bien, analizaron el asunto con mayor prudencia. En primer lugar, no había ninguna evidencia de una conspiración para proclamar a un nuevo rey que gobernara sobre Roma; y, en segundo lugar, los supuestos conspiradores no aparecían por ninguna parte. Así que, en esencia, la solución propuesta fue responsabilizar a Jasón y a sus compañeros de asegurarse de que no se produjeran más disturbios. Tuvieron que presentar una fianza como garantía de que Pablo y sus tres compañeros se comportarían adecuadamente o, mejor dicho, se marcharían y se

convertirían en un problema para otra ciudad. Aunque el intrépido Pablo habría querido quedarse, enfrentar a sus detractores y seguir predicando el **Evangelio**, hacerlo habría perjudicado a Jasón. Así que, con ayuda de algunos creyentes locales, los discípulos salieron discretamente hacia Berea. El versículo 10 retoma esa historia.

Antes de continuar, creo que es buen momento para establecer una conexión que fácilmente se pasa por alto. La vez pasada mencioné que, al ver los nombres de varias ciudades de Macedonia donde Pablo estableció grupos de creyentes en distintas sinagogas —como Corinto, Filipos y Tesalónica—, debemos relacionarlos de inmediato con los libros del Nuevo Testamento llamados Corintios, Filipenses y Tesalonicenses, pues las cartas con esos títulos iban dirigidas a las congregaciones que residían en esas ciudades.

Entendiendo lo que ocurrió en Filipos y ahora en Tesalónica, leamos los primeros dos capítulos de 1 Tesalonicenses, porque Pablo escribió poco después de que lo expulsaran de la ciudad. Lo que acabamos de estudiar en Hechos 17 es el contexto de la carta llamada 1 Tesalonicenses. Sin el contexto de Hechos 17, no captamos el propósito de esa carta. Abran sus Biblias en 1 Tesalonicenses.

LEAN LOS CAPÍTULOS 1 Y 2 DE 1 TESALONICENSES

Los problemas que acabamos de leer en Hechos 17 —algunos también venían del capítulo 16 y de lo ocurrido en Filipos— son aquello sobre lo que Pablo escribe a los tesalonicenses, para explicar su partida repentina y por qué no había regresado a la congregación. Sin duda, esta congregación seguía soportando la mayor parte de la ira de los gentiles locales. Les recomiendo que terminen de leer por su cuenta los tres capítulos breves restantes de 1 Tesalonicenses, ahora que tienen el contexto para comprenderlo mejor. Mi propósito es insistir en que la Biblia es orgánica; no es una serie de puntos desconectados. Todo funciona en conjunto y debemos abordarla de esa manera. Así nuestro aprendizaje y comprensión se multiplican.

Volvamos a Hechos 17:10. En Berea, los discípulos se dirigieron a la sinagoga local. Berea, Filipos y Tesalónica eran las tres ciudades más grandes de Macedonia. Los miembros de la sinagoga de Berea resultaron ser mucho más receptivos al **Evangelio** que los de Tesalónica; no sabemos con certeza por qué. Mi conjetura es que estudiaban las

Escrituras para buscar la verdad, en vez de depender de tradiciones y doctrinas judías arraigadas desde hacía mucho tiempo. Creo que esta era la razón porque el versículo 11 describe la característica que distinguía a la congregación de Berea: «Recibieron el mensaje con mucho interés y examinaban las Escrituras cada día para comprobar si estas cosas eran así».

He aquí un principio que se infringe demasiado a menudo en los círculos cristianos. En vez de escuchar lo que dicen nuestros maestros y pastores y después comprobar cuidadosamente en las **Escrituras** si es cierto, con demasiada frecuencia se coloca a los maestros y líderes de la iglesia en un pedestal y se supone que nunca se equivocan, que no tienen una agenda oculta o que simplemente no están defendiendo una doctrina eclesiástica cuestionable. ¿Es una confianza imprudente de nuestra parte? ¿O una pereza profunda? No lo sé. Pero, en cualquier caso, la congregación tiene la responsabilidad de asegurarse de que lo que acepta de cualquier persona sea verdad y luz. Y la norma suprema con la que debe medirse todo no es lo que sentimos en el corazón ni lo que nos halaga escuchar, sino lo que realmente dice la **Palabra de Dios**.

Al igual que en Tesalónica, en Berea muchos judíos aceptaron a **Yeshúa**, y también muchos temerosos de Dios. Se deja claro que entre los creyentes había griegos y griegas, incluso personas adineradas. Pero los buenos tiempos pronto terminaron: cuando llegó a Tesalónica la noticia de que Pablo estaba en Berea, algunos judíos incrédulos de Tesalónica viajaron hasta allí para fomentar problemas contra los discípulos. Lo repito: la razón por la que esos tesalonicenses llegaron a la ciudad no era religiosa, sino política y civil. Como Pablo y sus compañeros habían escapado de Tesalónica sin afrontar las consecuencias, los tesalonicenses querían vengarse.

Como Pablo era el portavoz y líder evidente, él era el principal objetivo. Por eso Timoteo y Sila (y probablemente Lucas, quien por ser gentil podía pasar desapercibido) enviaron a Pablo a la costa para tomar un barco hacia Atenas. Algunos hermanos de Berea lo acompañaron, sin duda para protegerlo. Pablo les envió un mensaje para que dijeran a Sila y Timoteo que se reunieran con él en Atenas tan pronto como pudieran.

Atenas era un lugar singular; se consideraba la cuna de la democracia y un centro del intelectualismo, algo parecido a una ciudad universitaria actual. Pero también era una ciudad griega, no romana, por lo que disfrutaba de un estatus especial que la eximía del sistema provincial romano. Pablo solo veía la multitud de ídolos distribuidos por toda la

ciudad, y aquello ofendía profundamente su sensibilidad judía. El segundo mandamiento trataba específicamente ese asunto y prohibía tener que ver con ídolos. Pablo había visto ídolos en las ciudades desde niño; al fin y al cabo, era un judío de la diáspora nacido y criado en Tarso de Cilicia. Pero Atenas era un auténtico jardín de ídolos y Pablo apenas podía contener su indignación.

Dependiendo de cuán piadoso se considerara un judío, encontramos en el Talmud relatos de judíos que no pasaban por las puertas de ciudades adornadas con ídolos de bienvenida. También leemos en los escritos de Hipólito, un teólogo cristiano de los primeros siglos, que algunos judíos ni siquiera llevaban consigo o tocaban monedas que tuvieran alguna figura o imagen, y la mayoría de las monedas las tenían. Puede que Pablo no fuera tan radicalmente celoso, pero el versículo 16 deja claro que lo que vio en Atenas lo perturbó y agitó profundamente. Si puedo hacer un comentario: creo que cuanto más tiempo pasa una persona en oración y estudiando las **Escrituras** —actividades que nos acercan a Dios—, más difícil se vuelve ignorar las cosas mundanas, o incluso perversas, que nos rodean. Son cosas que siempre han estado ahí, que la mayoría ni considera y acepta como habituales y normales. Las pasábamos por alto, pero de pronto su presencia despierta en nosotros una profunda indignación justa y no podemos dejar de pensar en ellas, aunque quisiéramos. Ese es el estado incómodo de un seguidor devoto de Cristo, aunque menos para quienes tienen una mentalidad cristiana más liberal y ajustan constantemente su fe a las nuevas tendencias y a lo políticamente correcto. Pablo había pasado buena parte de su juventud viendo ídolos a diario; ahora su espíritu estaba profundamente turbado y no podía evitar actuar.

¿Qué hizo Pablo? Redobló sus esfuerzos por difundir el **Evangelio**, y Atenas se convirtió en el ejemplo principal de por qué los seres humanos necesitaban oír acerca de **Yeshúa** y del Dios de Israel. En este mundo hay una extraña ironía: cuanto más aumenta el humanismo, más disminuye la piedad. Cuanto más se busca el intelectualismo, más se rechaza la sabiduría. Así, en el versículo 17 vemos que Pablo va a la sinagoga local de Atenas; pero, a diferencia de los bereanos, que comparaban lo que Pablo decía con las Sagradas **Escrituras**, solo se nos dice que razonó con los miembros de la sinagoga ateniense. También fue al mercado local a razonar con los gentiles paganos. No se menciona que recurriera a la **Torá** ni a las **Escrituras**. El punto es que, en esta ciudad de Atenas, orgullosa de su autogobierno, siempre en busca de un estilo

de vida progresista y abierta a las ideas y filosofías más recientes, Pablo ni siquiera podía tratar con los judíos y temerosos de Dios usando las **Escrituras**, porque lo que los impresionaba principalmente era el razonamiento intelectual.

Pablo también se encontró con un grupo de filósofos **epicúreos** y **estoicos** que lo escucharon hablar en las calles de Atenas; pero, como se consideraban la élite intelectual, lo tuvieron por un charlatán. Comprendamos quiénes eran los **epicúreos** y los **estoicos** y qué creían, pues eso nos ayudará a entender por qué Pablo se dirigió a ellos de la manera en que lo hizo.

Primero, hay que entender que estos dos grupos eran rivales; nuestra primera pista es que sus filosofías se basaban, en su mayoría, en principios opuestos. Los **epicúreos** recibían su nombre de su fundador, Epicuro, que había vivido tres siglos antes. Negaban la existencia de un Dios todopoderoso y con propósito, y afirmaban que el universo se había creado espontáneamente y que todo lo existente era resultado puro del azar matemático (¿les suena familiar?). De hecho, no respetaban los sistemas de dioses griegos y romanos y despreciaban los ídolos, los templos, los sacerdotes y las multitudes de seguidores. Sin embargo, irónicamente, no negaban que existieran dioses. Aunque estos tenían cualidades humanas, no intervenían en los asuntos de los seres humanos.

Los **epicúreos** no creían que el alma sobreviviera a la muerte del cuerpo (los saduceos judíos habrían estado de acuerdo con ellos). De hecho, el alma no era etérea, sino tan material como la carne y la sangre. Por tanto, como no había vida después de la muerte, solo importaba el aquí y ahora, y establecieron como objetivo de la vida la búsqueda del placer y la gratificación. La moralidad era una carga inútil e innecesaria. En esencia, los **epicúreos** eran anarquistas tempranos.

Los **estoicos** consideraban fundador a Zenón de Chipre, quien, como era de esperar, vivió exactamente en la misma época que el fundador de la escuela epicúrea. Para ellos, Dios era como la Fuerza de una película de Star Wars. Se adherían a una idea imprecisa de que Dios estaba encarnado en la totalidad del universo, o quizá era el espíritu móvil que daba energía y vida al universo. El ser humano tenía un alma etérea, pero al morir esta perdía su individualidad y se unía a la fuerza vital del universo; en esencia, quedaba absorbida en aquello que fuera Dios.

Los **estoicos** buscaban una existencia imperturbable y sin pasiones. Se preocupaban principalmente por estar en armonía con la naturaleza y,

por eso, eran apáticos ante la condición humana. No buscaban el placer como fin supremo, como los **epicúreos**, porque para ellos ni el placer ni la incomodidad importaban. En esencia, aparte de una búsqueda interminable del conocimiento, nada merecía la pena vivir. La razón y la iluminación eran los únicos motivos para existir; por tanto, cuando un estoico llegaba a un punto en que ya no podía adquirir más conocimiento, física o mentalmente, o perdía todo interés en seguir aprendiendo, la única solución razonable y lógica era el suicidio. Su fundador tomó ese camino, y también lo hicieron muchos miles de **estoicos**.

Así pues, tanto el estoicismo como el epicureísmo consideran la religión bíblica una fantasía infantil e ilógica. No creo que, después de describir estas dos filosofías predominantes en Atenas, tenga que establecer las comparaciones con lo que vemos hoy a nuestro alrededor. En nuestra época no se llaman así, pero los principios subyacentes siguen vigentes. Y lo que estos principios ofrecen a la humanidad es una existencia sin esperanza y un futuro sin esperanza. La Ilustración del siglo XVIII, impulsada por intelectuales europeos como Hume, Kant y Voltaire, que constituye la base de prácticamente todas las sociedades del mundo occidental actual y ha contaminado profundamente a la Iglesia en general (y también a buena parte del judaísmo), no es más que una mezcla mortal de las antiguas filosofías epicúrea y estoica.

Estas son, pues, las personas a las que Pablo intentaría llegar después. ¿Cómo podría dirigirse a ellas usando términos que estuvieran dispuestas a escuchar y aceptar como, al menos, plausibles? Eso es lo que veremos en nuestra próxima lección.